

LXXXVIII

Á LOS 66 AÑOS DE EDAD

DISCURSO CONTESTANDO Á LA MANIFESTACIÓN
DEL PUEBLO DE BUENOS AIRES AL CUMPLIR EL GENERAL
MITRE LOS 66 AÑOS DE EDAD

Junio 26 de 1887.

Señores:—En el espacio de sesenta y seis años de edad y de medio siglo de vida activa envuelto en el movimiento de mi tiempo, he podido presenciar uno de los más grandes espectáculos en la historia de un pueblo naciente: He presenciado la sucesión de cuatro generaciones en marcha triunfal hacia los prósperos destinos que le esperan. La escena que tengo delante de mis ojos me lo renueva y representa en este momento. Veo aquí hombres encanecidos ó en toda la fuerza de la virilidad que perseveran sin desmayo en el trabajo solidario; jóvenes y niños animados de nobles esperanzas ó que son la esperanza de la patria. Estas son las fuerzas vivas de lo pasado, de lo presente y de lo futuro que se condensan, y que constituyen el nervio de la nacionalidad argentina, sin olvidar á los que venidos de lejanas tierras para mezclar su rica y generosa sangre con la nuestra, concurren en fraternal consorcio á su engrandecimiento al amparo de sus leyes hospitalarias.

He alcanzado á conocer una generación heroica que se iba, que se ha ido, y de la cual quedan ya muy pocos y

gloriosos representantes, rodeados por el amor y la veneración de sus descendientes. ¡Gloria á los hombres de Mayo! He formado parte de otra que la sucedió. He asistido al nacimiento de una tercera que hoy ocupa el escenario, y veo asomar como una aurora una cuarta generación destinada á reemplazarnos en la tarea, á recibir nuestra herencia y mantener vivo el fuego sagrado del patriotismo encendido por nuestros gloriosos antepasados hace setenta y siete años.

Los primeros tiempos de nuestra edad nacional fueron duros, duros como el bronce que inmortaliza á los grandes hombres que nos dieron independencia y libertad. Los más ilustres de ellos, murieron en el olvido, en el desamparo, en el ostracismo, en los campos de batalla ó en los cadalsos, y algunos ni una tumba merecieron de la patria por ellos fundada, sino después de largos años de proscripción prolongada hasta en sus huesos.

La otra generación—aquella á que yo pertenezco—tuvo que labrarse su propio destino en días sombríos, pensando, sufriendo y combatiendo. Una parte murió en la proscripción también; otra cayó también en los campos de batalla ó fué degollada sin misericordia en la flor de la edad durante su larga lucha de veinte años, contra la tiranía. Los restos de ella que volvieron á la patria redimida de la esclavitud, forman el nudo que ata la historia contemporánea.

Acaba de dirigirme la palabra el hijo de un patricio ilustre, que fué el eslabón de la cadena tradicional entre las dos generaciones que he recordado. En todos los labios vibra el nombre de Florencio Varela, el mártir de la idea, que murió asesinado por un sicario, con la acerada pluma de la prensa libre en su mano. Su hermano Rufino Varela, murió empuñando la espada del libertador. Había precedido á ambos Juan Cruz Varela, muerto en el destierro, haciendo sonar las cuerdas de bronce de la lira con que acompañó sus inspirados cantos á Maipú é Ituzaingó y su última maldición contra la tiranía. Por este bosquejo de

una sola familia, puede juzgarse del temple físico y del destino trágico de aquella generación.

Hoy veo á las puertas de este hogar, que debo al pueblo, una parte de la tercera generación que me ha tocado acompañar en su agitada vida de lucha y de labor, confundida con los abuelos, los padres y los hijos, animados todos de un sentimiento generoso de confraternidad y de simpatía recíproca, y me considero feliz en que este sentimiento surja espontáneamente de los corazones, en el aniversario en que tuve la felicidad de nacer en el seno de la familia argentina.

Muchas veces me he preguntado, señores, cuál será la causa de las constantes simpatías que mis conciudadanos me han dispensado en el espacio de treinta y cinco años de vida pública, así en la prosperidad como en el infortunio. Creo haberla encontrado. Lo que haya podido hacer como soldado, todos los soldados lo han hecho. Lo que haya escrito con mi pluma no es sino el reflejo de nuestro pasado ó de nuestra vida contemporánea. Como gobernante no he hecho sino inspirarme en los instintos sanos del pueblo.

Pero he cumplido un deber, nada más que un deber, prescripto por la ley y escrito en todas las conciencias: he entregado al pueblo en toda su plenitud el mando supremo que me confió como un depósito, y á esto atribuyo el honor de ser contado como uno de tantos ciudadanos de un pueblo libre, que se honra á sí mismo al estimar los actos de respeto á su soberanía.

Podemos, pues, decir, que en medio de sus contrariedades, hemos alcanzado tiempos más propicios que los que tocaron á nuestros ilustres padres y nuestros desgraciados hermanos, que se sacrificaron haciendo algo más que su deber. Hoy que la familia argentina está unida y constituída merced á ellos, podemos vivir en paz y amistad en nuestros hogares, á la sombra de los años ó coronados con las frescas flores de la juventud. La edad trágica está cerrada, y podemos cerrar los ojos en el eterno sueño con la grata esperanza de que nuestros hijos serán más felices que nosotros.

Señores: Con mis más profundos agradecimientos por el honor que se han dignado dispensarme en este día, hago votos por la felicidad de todos y cada uno de los presentes y de los ausentes.

(Este discurso fué pronunciado entre arranques generosos de la concurrencia, vivas y aclamaciones; las manos, los sombreros, los bastones se agitaban en el aire, y á más de un rostro encendido por el entusiasmo asomó una lágrima de emoción.)

LXXXIX

ESTATUA DE LAVALLE

DISCURSO INAUGURAL,
AL ENTREGAR Á LA MUNICIPALIDAD DE BUENOS AIRES LA
ESTATUA LEVANTADA Á LAVALLE POR EL PUEBLO
ARGENTINO

Diciembre 18 de 1887.

SEÑOR PRESIDENTE DE LA REPÚBLICA,
SEÑOR INTENDENTE MUNICIPAL,
SEÑORAS Y SEÑORES.

Las estatuas representativas de la verdadera grandeza póstuma, son las levantadas á los caídos con varonil aliento en la lucha por la vida, que no reciben la recompensa de sus contemporáneos, y triunfan con su idea después de muertos por su generoso sacrificio. Tal es la estatua de Moreno, muerto en la soledad de los mares, después de inocular su espíritu á la revolución de Mayo; la de Belgrano, el vencedor de Tucumán y Salta, muerto en la obscuridad y la miseria; la de San Martín, muerto en el ostracismo deliberado, después de emancipar la mitad de la América del Sur; la de Rivadavia, muerto en la ingrata proscripción, después de fundar el gobierno republicano representativo y delinear su grandeza futura. ¡Gloria viciis!

En este mismo día se inauguran las estatuas de dos caídos en medio de la lucha por la vida libre, que al morir legaron el triunfo de su causa á su posteridad: La del general José María Paz, que pugnó en su juventud por la independencia argentina, pasó la mayor parte de su vida en los calabozos y sus últimos años en las últimas trincheras donde se peleaba por la libertad: La del general

Juan Lavalle, que recorrió toda la América Meridional batallando por su emancipación, vivió largos años en el destierro y murió con la espada del libertador en su mano.

Lavalle y Paz, guerreros de la independencia sudamericana y fundadores de la nacionalidad argentina, fueron los primeros que respondieron al grito heroico de Corrientes, se alzaron contra la tiranía de su patria, en nombre de la dignidad humana vilipendiada, y dieron los primeros golpes de martillo sobre la cadena de esclavitud que envilecía á sus compatriotas, y que, merced á ellos, fué rota al fin por los repetidos golpes de una generación viril, que se labró su propio destino.

Paz es la personificación en bronce, animada del espíritu argentino. Lavalle es la personificación en mármol del porteño poseído de espíritu nacional. Representan dos destinos que se completan.

La estatua del general Lavalle es la coronación de la gloria y del martirio. El pampero arrancó una noche el velo que la cubría, como si la tempestad se hubiese anticipado á inaugurar en la sombra el monumento del libertador y del mártir, cuya existencia fué una noche tempestuosa.

En medio de la obscuridad de esa noche, una mano anónima ha estampado una mancha de sangre sobre el pedestal de este monumento, olvidando que un río de lágrimas y de sangre la ha lavado y que un nuevo sentimiento póstumo la ha purificado. Yo la vuelvo á estampar á la luz del día, para borrarla por la mano del pueblo. Todo debe recordarse y nada debe olvidarse. Los hombres más puros son los más responsables de sus acciones, y los que honran su memoria no deben declinar cobardemente la responsabilidad de sus errores.

Hace más de un cuarto de siglo que los restos mortales de Lavalle, salvados por el amor de sus últimos soldados, volvieron triunfantes del destierro, después de merecer las ovaciones fúnebres de las repúblicas americanas, por cuya independencia había trabajado. En presencia de aquellos huesos peregrinos, dije: «Mejor se triunfa muriendo que

matando», y todos los hermanos apaciguados, pudieron abrazarse en torno de su sepulcro, y dormir tranquilos el sueño eterno en el mismo recinto el sacrificador y el sacrificado.

Hoy, en presencia de su imagen, completaré la lección moral que se desprende de su vida y de su muerte. Matando una vez, fué vencido, y de la sangre de su ilustre víctima brotó un tirano. Muriendo, redimió á su patria por el sacrificio, y de su sangre brotó la libertad resucitada y la Nación Argentina unificada por el dolor.

Lavalle no sólo fué un libertador y un mártir: fué el salvador del honor nacional, y el agente activo de su regeneración política.

Al levantarse en armas contra la tiranía, consignó en la historia la protesta de los argentinos contra su bárbaro tirano, y salvó á su patria y á sus compatriotas de un oprobio eterno, redimiéndolos moralmente.

Al condensar en una masa animada las aspiraciones de todos los argentinos en pro de su liberación, fué un organizador en acción, que despertó un sentimiento nuevo de solidaridad de destinos y de simpatía recíproca en los pueblos oprimidos.

Para que su protesta fuese fecunda, era necesario que muriese. ¡Y murió cumpliendo su destino!

Para que su campaña libertadora fuese eficiente, aun después de la derrota, era necesario encender una nueva pasión en las almas, recorrer todo el territorio patrio de un extremo á otro, sublevando á todos y cada uno de sus pueblos contra su tirano y sus caciques. Y recorrió todo el suelo patrio con su bandera liberadora, y sublevó uno por uno á todos los pueblos, y así unificó la Nación Argentina en su desgracia, dándole la conciencia de su ser.

Por eso no hay un nombre contemporáneo más nacional que el de Lavalle, ni que merezca con mayor justicia los homenajes de la Nación entera, pues á toda ella está vinculada por el común sacrificio de sus mejores hijos.

Cuando él inició su cruzada libertadora, la tierra toda estaba esclavizada. Cada argentino, según la expresión de

uno de nuestros elocuentes oradores, «era inútil peso á la tierra que permanecía inerte, cuando sonaba el cañón de Palermo.» Corrientes acababa de ser vencida, y Berón de Astrada, el primero que se alzó contra la tiranía, había sido degollado. El tirano triunfante, omnipotente, dominaba hasta las conciencias amedrentadas. Ni un quejido siquiera se hacía oír desde el Plata á los Andes. La última y la única esperanza eran los proscriptos en tierra extraña.

Lavalle se puso al frente de cuatrocientos proscriptos de todos los partidos. Tomó pie en una isla desierta del Río de la Plata, único pedazo de la patria no dominado por la tiranía. En Martín García levantó la bandera redentora y dió la señal de recomenzar la lucha por su libertad á sus compatriotas esclavizados. Corrientes volvió á levantarse en armas como un solo hombre. El Sur de Buenos Aires se alzó en masa con Caselli á su cabeza. Lamadrid y Avellaneda contestaron en el Norte al grito de redención. Por toda la República cundió la insurrección contra el tirano.

Desde Corrientes á Entre Ríos, desde Santa Fe y el Chaco hasta Buenos Aires, desde el litoral del Plata y la pampa hasta Córdoba, La Rioja, Catamarca, Tucumán y Salta, Lavalle, vencido ó vencedor, iba sublevando pueblos y dando batallas, y mientras los últimos restos de su ejército popular eran deshechos en San Juan, Mendoza y San Luis, cerrando el círculo revolucionario, él moría en Jujuy, después de recorrer la República de un extremo á otro, y abonaba con sangre de mártires el suelo de la patria.

Desde entonces, el tirano y la tiranía quedaron vencidos en medio de su sangriento triunfo. Un nuevo sentimiento unificador surgió de aquella catástrofe. Las provincias argentinas habían salido del aislamiento y del marasmo en que las mantenían sus caciques vitalicios y dado todas ellas su contingente de sangre y sus mártires ilustres, mancomunando sus destinos. Los hijos de todas las provincias habían combatido por la primera vez unidos bajo una misma bandera redentora, animados de un mismo odio,

de un mismo amor y de una misma aspiración. Unidos hombres y pueblos que apenas se conocían antes, ó que se odiaban, identificados por el común infortunio y templados por el dolor, surgió en las almas la conciencia de una nueva vida nacional solidaria y libre. Los mismos sostenedores de la tiranía se sintieron penetrados por esta nueva pasión, que obró desde entonces sobre las almas como una fuerza latente.

Caseros fué la consecuencia fatal de la cruzada libertadora de Lavalle y de Paz. La organización y la reorganización nacional que se siguió, fueron su complemento lógico y necesario. En la batalla, como en la discusión pacífica y en el gobierno del Estado, prevalecieron los principios proclamados por los dos libertadores, que al caer legaron el triunfo á su posteridad redimida.

Por eso, este monumento, costado desde la base á la cúspide por el óbolo del pueblo, á cuya fundación han concurrido la Municipalidad de Buenos Aires y el Gobierno de la Nación, es la representación sintética de la vida y de la misión del gran ciudadano en cuyo honor ha sido erigido, y su inauguración es un acontecimiento nacional.

El basamento, con sus catorce facas y sus escudos municipales, representa las catorce provincias que él recorrió una por una con sus legiones populares, combatiendo por su libertad y por su honor, y reuniendo por la primera vez á todos sus hijos y á todos sus partidos bajo una bandera redentora y unificadora. La columna que se levanta sobre la fortaleza de las catorce provincias unidas, es el símbolo de la nacionalidad, una y única, por cuya independencia trabajó Lavalle en toda la extensión del continente americano, y por cuya libertad y unidad pugnó en toda la extensión de la República Argentina.

Lavalle se nos presenta en lo alto de esa columna simbólica—que no es su pedestal sino su tribuna póstuma,— como se presentaría él mismo para hablar á los presentes y venideros si el soplo de la vida lo animara por un momento. No es la figura heroica del guerrero de la epopeya sudamericana ó de la campaña de Ituzaingó. No es la figu-

ra trágica del mártir de la guerra social, con la espada rota del libertador y su bandera hecha jirónes. Es el combatiente desarmado por la muerte, es el jornalero que ha terminado su tarea en la vida, y que en actitud modesta y digna, se presenta á su posteridad, pidiéndole su fallo definitivo, resignado de antemano á él, cualquiera que sea. Tal es la significación patriótica, moral y artística de este monumento.

El presidente de la República, al decretar la inauguración de las estatuas de Lavalle y de Paz en Córdoba y Buenos Aires, ha declarado que «debían asociarse los nombres de estos esclarecidos capitanes, colocando en el mismo día sus efigies bajo la salvaguardia de la Nación, y entregándolas á la gratitud del pueblo por cuyo honor y libertad lucharon con noble abnegación.» En estos momentos, el presidente de la República, en presencia del pueblo argentino, honra la memoria del más ilustre de los hijos de Córdoba, que fué el general de más genio de su tiempo, en cuya severa escuela y en cuyas virtudes cívicas se han educado y se han inspirado dos generaciones. El vicepresidente de la República, en ejercicio del Poder Ejecutivo, acaba de inaugurar la estatua del general Juan Lavalle, en presencia del pueblo argentino y de los últimos sobrevivientes de sus ejércitos libertadores. El fallo de la posteridad y el voto público están cumplidos.

En nombre del pueblo que ha erigido esta estatua, propiciada por los poderes públicos, yo la entrego á la Municipalidad de Buenos Aires, bajo los auspicios del Gobierno de la Nación, como un monumento municipal y nacional, y debe animarnos á todos la esperanza de que nuestros hijos agradecidos, al recibir el glorioso legado, confirmarán la leyenda que hemos grabado en las cuatro facas cardinales de su pedestal.

EL PUEBLO A LAVALLE
LIBERTADOR Y MÁRTIR
MUERTO POR LA LIBERTAD
RENACIDO Á LA INMORTALIDAD

XC

LA ABOLICIÓN DE LA ESCLAVITUD
EN EL BRASIL

DISCURSO DIRIGIDO AL MINISTRO BRASILEÑO EN BUENOS AIRES
EN NOMBRE DEL PUEBLO ARGENTINO

Mayo 19 de 1888.

Señor Ministro:

El pueblo argentino se une al aplauso universal y al coro de bendiciones que saluda al pueblo y al Gobierno brasileños, por la extinción de la esclavitud en el mundo.

Los argentinos, y todos los hombres del orbe civilizado que viven al amparo de sus leyes hospitalarias bajo los auspicios de la libertad, se asocian á esta festividad humana, con los títulos de su historia como precursores de la manumisión de los esclavos en ambas Américas, refrendados por los primeros estadistas brasileños.

En 1865, el senador Saraiva, uno de los iniciadores de ese movimiento saludable en su patria, presintió, que la alianza del Imperio con las Repúblicas del Plata, daría por resultado necesario la abolición de la esclavitud en el Brasil.

En 1871, el ilustre ministro Paranhos, al sostener en el parlamento brasileño la ley de la libertad de vientres, confirmaba el pronóstico del señor Saraiva, diciendo: «Yo me he hallado á la terminación de la guerra del Paraguay entre cincuenta mil brasileños, que estaban en contacto con los pueblos vecinos, y sé, por confesión de los más ilustrados de ellos, cuántas veces la institución odiosa de la esclavitud en el Brasil, nos vejaba y nos humillaba ante

»el extranjero; y puede preguntarse á los más esclarecidos
»de nuestros conciudadanos que hicieron esa campaña, si
»todos ellos han regresado ó no, deseando ardientemente ver
»iniciada la reforma del elemento servil, y si se debe ó no
»en parte á ellos el más poderoso impulso que la idea adquirió en estos últimos tiempos.»

La Rusia, gigante del poderío, buscó la causa de su derrota después de Sebastopol, y encontrándola en la acción enervante del elemento servil, emancipó á sus siervos, y de este modo, aun bajo el imperio de un autócrata, pudo llamarse la Rusia libre.

Los Estados Unidos, al ver vacilar las bases de su unión, encontraron la causa disolvente de su robusta nacionalidad en la institución de la esclavitud, y la extinguieron por siempre, ofreciendo en holocausto de la idea y expiación del crimen de lesa humanidad, un millón de víctimas generosas que han asegurado perpetuamente los destinos de la gran República modelo.

El Brasil, vencedor en la guerra del Paraguay aliado á las Repúblicas del Plata, se dió cuenta de las causas que multiplicaron las resistencias y los esfuerzos é hicieron menos fecunda su victoria, y encontrándola en la esclavitud, se propuso extirparla.

Debe decirse en honor del ilustrado Gobierno brasileño—sin distinción de colores políticos,—que la cuestión de la servidumbre de la raza africana, estaba en estudio en sus consejos, aun antes que sobreviniese la guerra del Paraguay, que le dió el impulso marcado por el señor Paranhos. La abolición de la esclavitud en el Brasil, fué una de las grandes aspiraciones de sus pensadores desde sus primeros días de su independencia.

Debe decirse, sobre todo, en honor del pueblo brasileño, que la esclavitud era un doloroso legado que llevaba en su seno como una llaga, comprendiendo que necesitaba extirparla para vivir, y lavar esta mancha hereditaria de su frente, para merecer el nombre de pueblo libre y civilizado.

Lo que distingue á los pueblos destinados á perpetuarse

desempeñando una misión humana, es encarar valientemente los pavorosos problemas de la vida, y resolverlos como la Inglaterra cuando dijo: «Perezcan las colonias y sálvese el principio»; ó como Lincoln cuando dijo: «No puedo salvar la unión sin libertar á los esclavos».

El pueblo brasileño encaró de hito en hito el pavoroso problema de que dependía su porvenir y su nivel entre las naciones, no sólo como cuestión económica, sino como cuestión moral y social, y el grito redentor de los esclavos resonó en su conciencia. Desde 1831, empezó á estigmatizarse el bárbaro tráfico de carne humana. La idea se hizo carne, la pasión generosa se convirtió en fuerza eficiente y el pensamiento filantrópico le dió sus alas. Desde 1835, la espontaneidad popular, anticipándose á la acción de los poderes públicos, propagó la sana doctrina de la libertad del hombre en su calidad de tal, fundó asociaciones emancipadoras, dió voluntariamente millares de cartas de manumisión, y en todos los testamentos empezó á consignarse la cláusula de la libertad de los esclavos como voluntad póstuma. Las asambleas provinciales siguieron el saludable movimiento de la opinión, destinando fondos á la manumisión. En 1855 se prohibió el trabajo servil en los establecimientos del Estado. Durante la guerra del Paraguay, el Emperador declaró libres á los esclavos de sus haciendas. En 1871, Paranhos, fuerte por el sentimiento público, afrontó con coraje cívico la cuestión, en nombre de la humanidad y de los intereses duraderos de su país.

No fué una cuestión política ni de partido. El ilustre ministro, sobreponiéndose á todo, y á riesgo de perder el Gobierno y de disolver el partido gubernamental de que era jefe, jugó el todo por el todo, al dar la señal inicial de la gran reforma. En medio de la confusión que se produjo en sus filas, eficazmente apoyado por la falange de conservadores abolicionistas dirigida por el barón de Cotegipe, y por los liberales progresistas inspirados por el señor Saraiva, el ministro Paranhos hizo triunfar la ley que lo ha inmortalizado. Desde entonces, los partidos políticos del Brasil se regeneraron y purificaron en la fuente de la libertad nati-

va, y todos ellos han concurrido al triunfo definitivo del gran principio abolicionista, satisfaciendo la más noble aspiración del pueblo brasileño, con el aplauso del mundo y las bendiciones de la raza redimida.

Todas las emancipaciones de esclavos se han operado en medio de grandes crisis ó luchas sangrientas. El Brasil, como la Inglaterra, lo ha hecho pacíficamente, guiado por un instinto sano de conservación y de progreso, obedeciendo á un sentimiento deliberado de sus deberes para con sus semejantes. Así decía el ministro de Estados Unidos al ver sembrado de rosas y jazmines el suelo que pisaba Paranhos al votarse su ley: «Lo que entre nosotros ha costado tanta sangre, aquí sólo ha costado flores!»

El mismo Paranhos, decía en esa ocasión, ante la Cámara de Diputados: «Para que la abolición del estado servil sea un hecho universal, ¿qué falta? ¡Que la reforma termine en el Brasil!» Al fin ha terminado. El hecho es universal. El mundo asiste con palmas en las manos á la manumisión de los últimos siervos de la gleba.

El Imperio del Brasil era una democracia con corona de rey, que reposaba constitucionalmente, como nuestra República, sobre el principio fundamental de la soberanía popular; pero aun tenía esclavos. Hoy, al proclamar la soberanía del hombre libre en igualdad de condiciones, es una sociedad equilibrada, que se ciñe una corona de luces inextinguibles, como las estrellas del crucero del Sur que apuntan las horas de la noche en el cielo de nuestro hemisferio.

Por este gran acontecimiento, que hará época en los fastos eternos del progreso humano, el pueblo argentino saluda fraternalmente al pueblo brasileño, que le ayudó á derribar una bárbara tiranía. Saluda con simpatía á los poderes públicos del Brasil, que han convertido en precepto positivo una ley moral, y con ellos al actual jefe del gabinete Joao Alfredo Correia de Oliveira, que inspirándose en el ejemplo de su maestro Paranhos, le ha tocado el honor de presidir el acto memorable de la abolición de la esclavitud en el Imperio. Saluda también al propagador Joaquín

Nabuco, digno hijo del ilustre Nabuco, que dió vigoroso impulso en la opinión al último movimiento abolicionista.

El pueblo argentino, señor ministro, saluda en vuestra distinguida persona, como representante del Imperio ante nuestro Gobierno, á su ilustrado soberano don Pedro II, principal motor de esta gran reforma. El lega á su posteridad en la extinción de la esclavitud promulgada en vida por la heredera de su trono, la herencia más gloriosa y fecunda de su largo y próspero reinado. La gratitud póstuma ha erigido la estatua de su padre don Pedro I, libertador de dos naciones, levantando en sus manos la carta de la independencia del Brasil, con el grito vibrante de Ipiranga en sus labios de bronce repetido en el campo de La Aclamación. La posteridad agradecida, levantará la estatua de don Pedro II, con la carta de manumisión de los últimos esclavos del mundo en una mano, y arrojando con la otra el último eslabón de su cadena en el abismo de lo pasado.

¡Gloria y prosperidad al pueblo brasileño, á sus poderes públicos y á su soberano!

XCI

LA ISABEL REDENTORA

BRINDIS PRONUNCIADO EN EL BANQUETE
OFRECIDO Á LOS PERIODISTAS BRASILEÑOS EN BUENOS AIRES,
CON MOTIVO DE LA ABOLICIÓN DE LA ESCLAVITUD
EN EL BRASIL

Julio 17 de 1888.

Señoras y señores: Este brindis es también para las señoras que se asocian con sus sentimientos á esta fiesta de la fraternidad.

El último orador que ha hecho uso de la palabra en nombre de la prensa fluminense como representante de la prensa libre del Brasil, ha dicho que el pueblo argentino, al recibirlos en sus brazos, no les ha dejado tiempo para pensar. No se trata de pensar, sino de sentir.

Se ha dicho que la idea gobierna al mundo, y que la fuerza lo domina; pero hay que reconocer que sólo el pensamiento lo anima, imprimiéndole el sello de su noble origen.

Los sabios pueden darle leyes; los fuertes pueden imponerle hechos artificiales ó brutales; pero tan sólo el sentimiento fecundo, crea y da expansión á las ideas y los hechos en su atmósfera vital.

Tan sólo la intuición de las grandes verdades morales que dignifican la especie humana, le da la plena conciencia de su ser y de sus destinos en la tierra, tan sólo el patriotismo abnegado y generoso, que se sacrifica movido por el vuelo de las almas, funde naciones orgánicas y coherentes

que mantienen su equilibrio en la prosperidad y resisten á las tempestades de la desgracia; tan sólo el sentimiento solidario de la confraternidad de los pueblos los vivifica y establece esas corrientes fecundas de simpatía universal.

Por eso los pueblos sólo hacen política de sentimiento, y no política de habilidad y de fuerza como los gobiernos, sin que esto quiera decir que los gobiernos también no se inspiren y realicen grandes cosas que la conciencia aplaude y que la razón sanciona. Pero el corazón tiene leyes que á veces la razón desconoce.

La prueba de ello es esta fiesta de confraternidad internacional, el sentimiento unánime que aquí nos reúne, el calor que brota espontáneamente de todos los corazones, de cuyo foco se levanta una columna de incienso que, como la llama de la inmortalidad, asciendo hacia los cielos.

¿Qué ha sucedido? Una pasión generosa se apoderó del corazón de un pueblo, y anteponiendo sus sentimientos á sus intereses, sus ideales á los groseros apetitos del oro, concentró todas sus fuerzas morales en pro de lo más humilde y más degradado que tenía en su seno, en pro de los esclavos; y esa pasión se hizo carne, se hizo espíritu y se hizo luz.

Ella prendió en el alma de un soberano ilustrado, que echó el peso de su corona de oro y de diamantes en las balanzas en que se pesaban los destinos de una raza, y los esclavos del Brasil fueron libres, incondicionalmente libres, á título de hombres. Y por el voto del soberano levantóse en alto la carta de manumisión de los últimos esclavos del globo en el Nuevo Mundo.

Esta chispa del fuego sagrado, atravesando los espacios, iluminó los horizontes del Río de la Plata, y el pueblo argentino, batiendo palmas, saludó con entusiasmo al pueblo brasileño regenerado por la fuerza interna de su propia conciencia.

Hasta entonces, estos dos pueblos se estimaban, pero no se amaban. Herederos de antiguos odios en el Viejo Mundo, que no tenían razón de ser en la vida nueva en que se desarrollan, una nube obscurecía el horizonte. Guerras, tra-

tados, convenciones, alianzas, protocolos—en fin, cuantos instrumentos tiene la nomenclatura diplomática,—se habían sucedido en el espacio de cerca de cuatro siglos, y siempre la nube sombría ocultaba el astro de sus comunes destinos.

De repente el horizonte se ilumina, la simpatía internacional brota de todos los corazones y nueva política se revela, fundando la eterna alianza de dos pueblos destinados á vivir en paz y santa amistad.

Esta es la obra de la política del sentimiento.

Aquí están sus embajadores, que son los representantes de la prensa fluminense, en quienes saludamos cordialmente á toda la prensa libre del Brasil, que vienen á firmar el tratado de confraternidad en nombre de esa política.

Sus credenciales están escritas en las hojas de la prensa periódica, que dan voz á los pueblos y repercusión á las ideas, á los hechos y á los sentimientos. Están refrendadas por el único soberano legítimo de los tiempos modernos por la opinión pública, por la opinión que hace y deshace soberanos, y guarda siempre en sus sienes la corona de la soberanía originaria del hombre libre, de que fluyen todas las soberanías humanas. Esas credenciales son las únicas en que el mundo cree, porque se leen á la luz resplandeciente del sol, ante la cual toda mentira se disipa.

¡Gloria á la política del sentimiento, que tales triunfos alcanza en el mundo de la idea y de la fuerza!

Pero aun puede decirse más en honor de ella.

Lo que no pudo la fuerza, lo que no pudo la razón, lo que el instinto mismo de la propia conservación no había podido conseguir, lo alcanzó el sentimiento. El puso en las manos de una débil mujer la pluma de los fuertes y de los pensadores, y esa mano débil, pero poderosa por el sentimiento que la movía, rompió las cadenas de los últimos esclavos en América. Esa mujer se llama Isabel.

Y aquí me viene á la memoria un recuerdo, que viene á confirmar el predominio del sentimiento sano sobre las teorías artificiales que á título de hechos ó de ideas consagradas dicen que gobiernan al mundo.

Ya que hemos recordado á los últimos esclavos manumi-

tidos de la América, recordemos á los primeros esclavos que ella tuvo.

Cuando se descubrió la América, era ley que los vencidos eran esclavos por derecho de guerra y de conquista. El descubridor del Nuevo Mundo, hombre de su tiempo, declaró esclavos á los habitantes que la poblaban.

El primer cargamento que envió á Europa, fué un cargamento de indios esclavos.

Una mujer, una débil mujer, inspirada por los dictados del corazón, reaccionando contra las ideas bárbaras de su tiempo y moralmente mucho más grande que Colón, protestó contra el hecho en nombre de la libertad humana, y declaró libres á los indios, y los mandó restituir libres á la tierra natal.

Llamábase también Isabel, y la historia la conoce con el dictado de Isabel la Católica.

Desgraciadamente, el mismo sentimiento que redimía á una raza del cautiverio esclavizaba á otra raza desheredada, introduciendo al negro esclavo en la sociabilidad americana. Esta fué la triste herencia que recibió el Nuevo Mundo, y la que, oprobio de la civilización, constituye la gloria de los que la han extirpado en nombre del sentimiento humano.

Cerca de cuatrocientos años después, una Isabel Americana rompe las cadenas de los últimos esclavos.

A la salud de la Isabel redentora de cautivos, como ha sido llamada, inspirándonos en el glorioso ejemplo de su ilustre antecesora Isabel la Católica.

CXII

Á LA JUVENTUD DE BUENOS AIRES, EN SU MEETING DE
LA UNIÓN CÍVICA

Septiembre 1.º de 1889.

He tenido el honor de recibir la invitación para asistir al meeting popular que la juventud de Buenos Aires celebra en este día, al inaugurar su ingreso en la vida pública, haciendo acto de presencia y de conciencia.

Sin necesidad de esa invitación me habría hecho un deber en concurrir espontáneamente á un acto que considero trascendental, si la leve herida del labio que recibí en estos días, no me dificultase el uso de la palabra para expresar de viva voz mis sentimientos.

Esto no impide que me asocie con toda mi alma, y aplauda este saludable movimiento patriótico, como el que en su ocaso ve brillar una nueva aurora de libertad, con la esperanza de que las generaciones sucesivas vean brillar otras auroras como las del sol de Mayo en 1810.

La juventud argentina se encuentra en el límite que separa la vida caduca de la vida nueva, y está en el deber de marcar en este punto su paso.

Al borde de la oleada de la última lava de las erupciones del Vesubio, se levantó un día una columna, con una inscripción escrita por mano anónima: «¡Posteridad! ¡posteridad! ¡se trata de tu bien!»

Al borde de esta otra lava de corrupción política que amenaza extenderse en lo futuro, en que el falseamiento de las instituciones y la anulación de los derechos del pueblo es la ley incondicional aceptada por la cobardía cívica, se levantará de hoy en adelante otra columna, con esta ins-